

El niño de oro

La esposa del tamborilero estaba en la iglesia y contemplaba el nuevo altar, repleto de iconos y adornado con querubines tallados. ¡Qué monísimos eran! Tanto los pintados sobre lienzo, con un resplandor dorado alrededor de sus cabecitas, como los tallados en madera, luego pintados y dorados. Sus cabellos brillaban como oro; ¡era una maravilla qué hermoso resultaba! Pero los rayos del sol eran aún más bellos. ¡Cómo relucían entre los árboles oscuros cuando el sol se ponía! ¡Qué dicha era contemplar ese rostro divino! Y la esposa del tamborilero se quedó absorta mirando el sol rojo, pensando al mismo tiempo en el pequeñín que pronto le traería la cigüeña. Lo esperaba con alegría y, mientras observaba el sol rojo, deseaba una sola cosa: que su brillo se reflejara en su hijito; al menos, que el niño se pareciera a uno de los radiantes querubines del altar.

Y he aquí que cuando, finalmente, tuvo realmente en sus brazos al recién nacido y lo levantó para mostrárselo al padre, resultó que el niño efectivamente se parecía a un querubín: sus cabellos brillaban como oro; sobre ellos parecía haberse posado el resplandor del sol poniente.

—¡Mi niño de oro, mi tesoro, mi sol! —exclamó la madre y besó aquellos rizos radiantes. En la habitación del tamborilero parecía resonar música, se oían cantos, reinaban la alegría, la diversión, la vida, el bullicio. El tamborilero comenzó a redoblar en su tambor de tal manera que ¡agárrate! El tambor, un gran tambor de bomberos, retumbaba así: «¡Pelirrojo! ¡El muchacho tiene el pelo pelirrojo! ¡Escucha lo que dice el parche del tambor, no la madre! ¡Tram-tam-tam!»

Y toda la ciudad decía lo mismo que el tambor.

Llevaron al niño a la iglesia y lo bautizaron. Bueno, contra el nombre no había nada que objetar: al niño lo llamaron Pedro. Toda la ciudad y el tambor lo llamaban «Pedro el pelirrojo, hijo del tamborilero», pero la madre besaba los cabellos dorados de su hijo y lo llamaba «mi niño de oro».

En la ladera arcillosa junto al camino habían sido grabados muchos nombres.

—¡Gloria! ¡Eso significa algo! —dijo el tamborilero y grabó allí su nombre y el de su hijito.

Llegaron las golondrinas; ellas habían visto en sus viajes inscripciones mucho más duraderas, talladas en rocas y en los muros de templos en la India, inscripciones

que hablaban de poderosos y gloriosos gobernantes; pero eran tan antiguas que nadie ya podía leerlas, nadie podía pronunciar esos nombres inmortales.

¡Gloria! ¡Un nombre famoso!

Las golondrinas construían sus nidos en la ladera, cavando huecos en la blanda arcilla; la lluvia y el mal tiempo también ayudaban a borrar los nombres allí grabados. Pronto desaparecieron también los nombres del tamborilero y de Pedro.

—¡El nombre de Pedro aguantó al menos año y medio! —dijo el padre. «¡Idiota!», pensó el tambor de bomberos, pero solo dijo: «Dur-dur-dur-dum-dum-dom».

Pedro el pelirrojo, hijo del tamborilero, era un muchacho vivaz y alegre. Tenía una voz maravillosa; podía cantar y cantaba como un pájaro en el bosque, sin conocer melodía alguna, y aun así salía una melodía.

—¡Será corista! —decía la madre—. Cantará en la iglesia, estará bajo aquellos preciosos querubines dorados, a los cuales se parece tanto.

«¡Gato pelirrojo!», decían los graciosillos de la ciudad. El tambor oía esto a menudo de las vecinas.

—¡No vayas a casa, Pedro! —gritaban los muchachos de la calle—. ¡O te acostarás en el desván y el piso de arriba se incendiará! ¡Tu tambor de bomberos tendrá trabajo!

—¡Cuidado con las baquetas del tambor! —dijo Pedro y, por pequeño que fuera, avanzó valientemente directamente hacia los muchachos y dio un puñetazo en el vientre al más cercano. Ese salió volando patas arriba; los demás, ¡Dios les dé piernas!

El músico de la ciudad, tan importante y distinguido —era hijo del repostero de la corte—, quiso mucho a Pedro, lo llamaba frecuentemente a su casa, le ponía un violín en las manos y le enseñaba a tocar. El muchacho mostró talento; de él debía salir algo mejor que un simple tamborilero: ¡un músico de la ciudad!

—¡Seré soldado! —decía el propio Pedro. Era todavía un niño pequeño y le parecía que lo mejor del mundo era llevar uniforme y sable y marchar al compás del mando: ¡uno-dos, uno-dos!

—¡Aprenderás a marchar al son del tambor! ¡Tram-tam-tam! —dijo el tambor.

—¡Ojalá llegara a general! —dijo el padre—. ¡Pero entonces hace falta guerra!

—¡Dios nos libre! —dijo la madre.

—¡Nosotros no tenemos nada que perder! —observó el padre.

—¿Y nuestro muchachito? —replicó la madre.

—Bueno, piensa, ¡si vuelve de la guerra siendo general!

—¡Sin un brazo o una pierna! No, ¡que mi niño de oro permanezca entero!

«¡Tram-tam-tam!» —retumbó el tambor de bomberos, retumbaron también todos los tambores. Comenzó la guerra. Los soldados partieron hacia la campaña, y con ellos se fue Pedro el tamborilero, «la coronilla pelirroja», «el niño de oro». La madre lloraba, mientras el padre ya veía a su hijo famoso; el músico de la ciudad, en cambio, opinaba que Pedro no debería ir a la guerra, sino servir al arte en casa.

«¡La coronilla pelirroja!», decían los soldados, y Pedro reía, pero si alguien decía: «¡Piel de zorro!», él se mordía los labios y miraba hacia otro lado, dejando pasar esas palabras de largo.

El muchacho era ágil, recto y alegre, y «un carácter alegre es la mejor cantimplora de marcha», decían sus viejos camaradas.

A menudo le tocaba pasar noches al raso, empaparse hasta los huesos con la lluvia y el mal tiempo, pero la alegría no lo abandonaba; las baquetas del tambor golpeaban alegremente: «¡Tram-tam-tam! ¡De marcha!». Sí, ¡había nacido directamente para ser tamborilero!

Llegó el día de la batalla; el sol aún no había salido, pero la aurora ya había amanecido; en el aire hacía frío, pero la lucha era encarnizada. Había una espesa niebla, pero el humo de la pólvora era aún más denso. Las balas y las granadas volaban sobre las cabezas y hacia las cabezas, hacia los cuerpos, hacia los brazos y las piernas, pero los soldados seguían avanzando. Uno u otro de ellos caía, herido en la sien, pálido como la tiza. Pero el pequeño tamborilero no palidecía; aún no le había tocado sufrir daño alguno, y miraba alegremente al perro del regimiento, que saltaba delante tan despreocupadamente, como si todo alrededor fuera un juego, ¡como si las bombas fueran solo pelotas!

«¡Marchen! ¡Adelante!». Esta orden fue trasladada al tambor, y tal orden no se retracta, pero aquí hubo que retractarla: ¡la razón lo exigía! Así pues, se ordenó tocar retirada, pero el pequeño tamborilero no lo entendió y continuó redoblando: «¡Marchen! ¡Adelante!». Y los soldados obedecieron al parche del tambor. ¡Fue un redoble de tambor glorioso! Ganó la batalla a quienes estaban listos para retroceder.

La batalla costó muchas vidas; las granadas destrozaban la carne en jirones, incendiaban montones de paja donde se arrastraban los heridos para yacer allí abandonados durante muchas horas, quizás ¡toda la vida! Pero ¿de qué sirve pensar en tales horrores? Y, sin embargo, se piensa en ellos, incluso lejos del campo de batalla, en la tranquila ciudad. El tamborilero y su esposa tampoco dejaban de pensar en ello: ¡Pedro estaba en la guerra!

—¡Ya me ha cansado este lloriqueo! —dijo el tambor de bomberos.

Ocurrió precisamente el día de la batalla; el sol aún no había salido, pero ya había luz; el tamborilero y su esposa dormían —no se habían dormido hasta tarde la víspera, hablando de su hijo: él estaba allí, «en las manos de Dios». Y he aquí que el padre soñó que la guerra había terminado, los soldados habían regresado, y Pedro llevaba en el pecho una cruz de plata. A la madre, en cambio, le soñó que estaba en la iglesia, contemplando los querubines tallados y pintados en los iconos, con rizos dorados, y veía entre ellos a su querido «niño de oro». Él estaba de pie, vestido de blanco, y cantaba tan maravillosamente como solo cantan los ángeles. Luego comenzó a elevarse junto con ellos hacia el cielo, asintiendo cariñosamente con la cabeza a la madre...

—¡Mi niño de oro! —gritó ella y despertó—. ¡Bueno, значит, Dios lo ha llamado a Su lado! —Y apoyó la cabeza contra las cortinas del lecho, juntó las manos y lloró—. ¿Dónde descansará ahora? ¿En una enorme fosa común? ¿Quizás en un profundo pantano? ¡Nadie conoce su tumba! ¡Nadie rezará sobre ella! —Y de sus labios brotó un silencioso «Padre Nuestro»... Luego su cabeza se inclinó sobre la almohada, y la cansada madre se adormeció.

Los días pasaban; la vida fluía, los pensamientos crecían.

El día declinaba hacia la tarde; sobre el campo de batalla se tendió un arcoíris, apoyando un extremo en el bosque y el otro en el profundo pantano. La gente cree que allí donde apoya su extremo el arcoíris, está enterrado un tesoro, oro. Aquí yacía realmente oro: «el niño de oro». Nadie pensaba en el pequeño tamborilero, excepto su madre; por eso precisamente ella tuvo ese sueño.

Los días pasaban; la vida fluía, los pensamientos crecían.

¡Pero de su cabeza no cayó ni un solo cabello, ni un solo cabello dorado!

«¡Tram-tam-tam, y él viene hacia vosotros!», podría haber dicho el tambor, podría haber cantado la madre, si hubiera esperado a su hijo o hubiera soñado que regresaba.

Con canciones, con gritos de «¡hurra!», coronados con fresca

verde, los soldados regresaban a casa. La guerra había terminado, la paz fue firmada. El perro del regimiento corría delante, describiendo grandes círculos, como si quisiera alargar su camino tres veces.

Pasaron días y semanas, y finalmente Piotr entró en la habitación de sus padres. Estaba bronceado como un salvaje, pero sus ojos y su rostro radiaban. Su madre lo abrazaba, lo besaba en los labios, en los ojos, en el cabello rojizo. ¡Su niño estaba de nuevo con ella! Es cierto que regresó sin la cruz de plata en el pecho, como soñaba el padre, pero entero e ileso, algo que ni siquiera la madre había osado soñar. ¡Qué alegría! Reían y lloraban juntos. Piotr incluso abrazó el viejo tambor.

—¡Todavía estás aquí, viejo amigo! —dijo él, mientras el padre hacía sonar sobre el tambor un redoble fuerte y alegre.

—¡Vaya, parece que hay un incendio en la casa! —dijo el tambor de bomberos—. ¡La coronilla toda en llamas, el corazón en llamas, el "niño dorado" ha vuelto! ¡Tram-tam-tam!

¿Y después? ¿Qué pasó después? ¡Pregúntaselo al músico de la ciudad!

—¡Piotr ha superado al tambor! ¡Piotr me superará también! —decía él, aunque fuera hijo del repostero de la corte. Pero todo lo que él había aprendido en toda una vida, Piotr lo dominó en medio año.

En el hijo del tamborilero había algo tan abierto, tan cordial. Y sus ojos y su cabello radiaban tanto que nadie podía negarlo.

—¡Debería teñirse el cabello! —decía la vecina—. A la hija del jefe de policía le quedó estupendamente, ¡y se convirtió en novia!

—Sí, pero su cabello se puso verde inmediatamente, como algas, ¡y tendrá que teñirse eternamente!

—¡Y qué más da! ¡Tiene medios para ello! —respondía la vecina—. ¡Y Piotr también los tiene! Frecuenta las familias más distinguidas, incluso va a casa del propio burgomaestre, ¡da clases de piano a la señorita Lotta!

Sí, sabía tocar. Ponía toda su alma en la interpretación, y bajo sus dedos fluían melodías maravillosas que no existían en ninguna partitura. Tocaba durante todas las noches, claras y oscuras. Esto era simplemente insoportable, según decían los vecinos y el tambor.

Tocaba, y sus pensamientos lo elevaban muy, muy alto; planes maravillosos bullían en su cabeza... ¡Gloria!

La hija del burgomaestre, Lotta, se sentaba al piano; sus delicados deditos corrían por las teclas y golpeaban directamente las cuerdas del corazón de Piotr. Este parecía ensancharse en el pecho, volviéndose enorme, enorme. Y esto ocurrió no una vez, ni dos, sino muchas veces, hasta que un día Piotr tomó aquellos finos deditos, aquella hermosa mano, la besó y miró fijamente los grandes ojos negros de la joven. Dios sabe qué le dijo entonces. Solo podemos suponerlo. Lotta se ruborizó hasta las orejas, pero no respondió ni una palabra: justo en ese momento entró en la habitación un extraño, el hijo del consejero de Estado; tenía una frente grande y lisa que llegaba hasta la nuca. Piotr permaneció sentado con ellos mucho tiempo, y Lotta le sonreía con tanta ternura.

Por la noche, al llegar a casa, habló de tierras lejanas y de esa armonía que residía para él en el violín.

¡Gloria!

—¡Tram-tam-tam! —dijo el tambor—. ¡Se ha vuelto completamente loco!
¡Realmente parece que hay un incendio en la casa!

Al día siguiente, la madre fue al mercado.

—¿Sabes la noticia, Piotr? —preguntó ella al regresar—. ¡Una noticia espléndida!
¡La hija del burgomaestre, Lotta, se comprometió anoche con el hijo del consejero de Estado!

—¡No puede ser! —exclamó Piotr, levantándose de un salto de la silla. Pero la madre dijo que sí; había escuchado la noticia de la esposa del barbero, y el marido de esta había oído hablar del compromiso directamente del burgomaestre.

Piotr palideció como un muerto y cayó sobre la silla.

—¡Dios mío! ¿Qué te pasa? —exclamó la madre.

—¡Nada, nada! ¡Solo déjame! —respondió él, mientras las lágrimas corrían como arroyos por sus mejillas.

—¡Hijito mío querido! ¡Mi oro! —dijo la madre, y también ella lloró. Y el tambor tarareaba, por supuesto para sí mismo: «Lotte ist todt! Lotte ist todt!» (Es decir, «Lotta ha muerto». Estrofa de una canción callejera. Nota del traductor). ¡Así terminaba la canción!

Pero la canción aún no había terminado; todavía tenía muchas estrofas, maravillosas estrofas de oro.

—¡Mira cómo se las da, cómo se desvive! —criticaba la vecina a la madre de Piotr—. ¡Todo el mundo debe leer las cartas de su "niño dorado" y los periódicos donde se habla de él y de su violín. También le envía bastante dinero, y eso le viene bien ahora que enviudó!

—¡Toca ante reyes y soberanos! —decía el músico de la ciudad—. A mí no me tocó esa suerte, pero él es mi alumno y no olvida a su viejo maestro.

—El padre soñó que Piotr volvía de la guerra con una cruz de plata en el pecho, ¡pero allí es difícil merecerla! ¡Ahora tiene la cruz de comendador! ¡Ojalá el padre hubiera vivido para verlo! —contaba la madre.

—¡Es una celebridad! —tronaba el tambor de bomberos, y toda la ciudad natal repetía: el hijo del tamborilero, el pelirrojo Piotr, que de niño corría con zuecos de madera, ex tamborilero, músico que tocaba bailes en las fiestas, ¡una celebridad!

—¡Tocó en nuestra casa antes que en los palacios reales! —decía la esposa del burgomaestre—. En aquellos tiempos estaba locamente enamorado de nuestra Lotta. ¡Siempre apuntaba alto! Pero entonces eso fue simplemente una insolencia por su parte. Mi esposo se rio mucho al enterarse de esa tontería. Ahora nuestra Lotta es consejera de Estado.

De oro eran el corazón y el alma del pobre muchacho, el ex tamborilero, que hizo avanzar y vencer a quienes estaban dispuestos a retroceder.

En su pecho había un tesoro de oro, una fuente inagotable de sonidos. Manaban del violín como si este fuera un órgano entero, como si por sus cuerdas danzaran elfos de una noche de verano. En esos sonidos resonaban tanto el canto del mirlo como la voz humana plena. Por eso sus oyentes quedaban tan encantados, por eso su fama retumbó lejos, más allá de los límites de su patria. Encendía en los corazones un fuego sagrado, una llama, todo un incendio de entusiasmo.

—¡Y qué guapo es! —se extasiaban damas jóvenes y ancianas, así como doncellas. La más mayor de ellas incluso se consiguió un álbum para rizos de celebridades solo para tener un pretexto y pedir un mechón del luxuriante cabello del joven violinista.

Y así regresó a la pobre habitación del tamborilero, vestido con elegancia, como un príncipe, feliz como un rey. Sus ojos y su rostro radiaban. Su madre lo besaba en los labios y lloraba de alegría, mientras él la abrazaba y asentía cariñosamente con la cabeza a todos los muebles conocidos: al cofre sobre el que había tazas de té y flores en vasos, al banco de madera donde dormía de niño. Al viejo tambor lo sacó, lo colocó en medio del suelo y dijo:

—¡Padre seguramente habría hecho ahora un redoble sobre él! ¡Así que lo haré yo en su lugar! —Y ejecutó sobre el tambor un redoble tal que parecía granizo. Y el tambor se sintió tan halagado que la piel se rompió de repente.

—¡Vaya puño tiene! —observó el tambor—. ¡Ahora tendré un recuerdo de él para toda la vida! ¡Y la madre, quién sabe, podría reventar de alegría al ver a su "niño dorado"!

Esta es toda la historia del "niño dorado".